



Miguel de Unamuno ante la puerta del Hotel Broca, cerca de la estación de Hendaya, donde se alojó cuando se trasladó desde París en agosto de 1925. La fotografía fue tomada por su amigo Santiago Aranzaz el 3 de noviembre de 1929.

FRANCISCO GÓMEZ



SALAMANCA. «Que no juzguen a nuestra pobre España por ese cotarro de la Tirania, tan perversos y corrompidos moralmente como estúpidos. Es que su estupidez es maladía. Un fuerte abrazo de tu Miguel». Así concluye la carta que el 22 de febrero de 1927 Miguel de Unamuno envía a su mujer, Concha, desde su exilio en Hendaya. Líneas que, como otros millares de la prolífica producción epistolar del pensador durante el periodo en el que estuvo a la fuerza lejos de Salamanca, permanecían hasta ahora completamente inéditas.

Ahora salen a la luz gracias al trabajo de Colette y Jean-Claude Rabaté, a quienes la Universidad de Salamanca ha encomendado la publicación de un volumen que por fin presentará reunidas las cerca de 400 cartas que Miguel de Unamuno envió desde el exilio. Una tarea pendiente desde hace décadas y que per-

mitirá, según los autores, que el lector penetre «en la vida íntima y pública de un desterrado que fiscaliza de manera despiadada a toda una clase política en un momento crucial de la historia de su país».

Miguel de Unamuno y Jugo ocupa el cargo de rector en Salamanca entre 1900 y 1914, año en el que es destituido del cargo por Bergamín. Un hecho que el pensador bilbaíno nunca perdonaría y que iría encendiéndole el tono de su crítica, especialmente ácido contra Alfonso XIII y el Directorio de Miguel Primo de Rivera, lo que motivó en el año 1924 su destitución como catedrático y su destierro.

Comenzaba así un periodo de seis largos años en la vida de Unamuno, de los que el pensador dejó constancia en papel a través de diarios, artículos y otros documentos desde el primer día hasta el último. Aspec-

té, que aseguran que «este epistolario rompe la imagen tópica de desterrado solitario y desesperado».

Entre febrero de 1924 y su regreso triunfal a Salamanca, las cartas que Miguel de Unamuno va lanzando a una heterogénea red de correspondentes, configuran en primer lugar «la postura crítica de un intelectual comprometido, empeñado en influir sobre la opinión pública española, incluso desde fuera».

Inquietudes

Pero también otras muchas cargas presentan la honda literatura poética del destierro, la obsesión de Unamuno por difundir a través de traducciones su obra con el objetivo de lograr un mayor reconocimiento internacional y al mismo tiempo, las dudas pesares e inquietudes de un hombre que, a pesar de todo, «nunca deja de ser un padre atento y un esposo púdico».

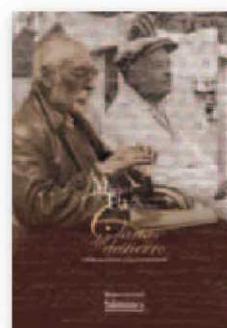
El recorrido a través de las cartas comienza en el destierro de Fuerteventura, donde las líneas de Unamuno marcan un cambio rotundo desde el inicial abatimiento por el aislamiento, hasta el contacto con unos habitantes acogedores que «dejan una impronta in-



Unamuno con su compañero del destierro, Eduardo Ortega y Gasset, en fotografía hecha por Cándido Ansede. A la derecha, posando para el pintor de Granada José María López Mezquita en Hendaya a finales de 1925, en fotografía de Venancio Gombau.

«Un fuerte abrazo de tu Miguel»

Las cartas de Unamuno desde el exilio ven la luz en un volumen publicado por la Universidad de Salamanca. El trabajo ha permitido descubrir numerosas misivas inéditas a su mujer



deleble» en el pensador.

Después, llega la estancia de un año en París, una ciudad que Unamuno aborrece aunque trata de emplear como forja para labrarse un mayor reconocimiento. Su activa labor en semanarios y traducciones, se ve condensada en cartas abiertas como la que dirige desde París a los estudiantes españoles el 17 de abril de 1925.

Un humor liberal en el que Unamuno ataca al Directorio militar como «el colmo del antiguo régimen» e invita a los jóvenes a querer «la libertad, la forma sustancial de la vida social», sintetizando su ideario del futuro en el binomio «Libertad y verdad! Y, sobre todo, la libertad de la verdad, que es la justicia».

Solo un ejemplo de las cartas en las que Unamuno ataca con ferocidad a la Unión Patriótica, «jamás se han conocido en España más previraciones, más conclusiones, más estafas, más ladrocinos, más chanchullos y a la vez más injustas persecuciones, más viles venganzas, que bajo el actual Directorio, y para encubrirlo se trata de formar eso que llaman la Unión Patriótica, madre del caciquismo». ▶

A pesar de sus dudas, el bilbaíno «nunca dejó de ser un padre atento y un esposo púdico»

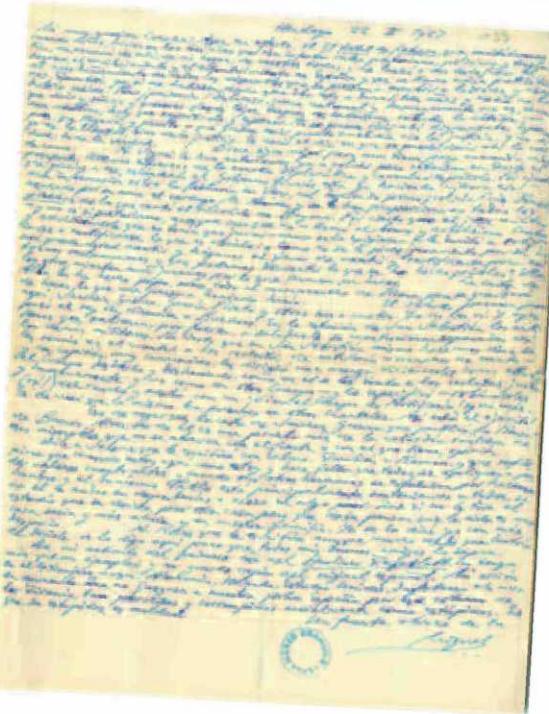
Su ideario: «¡Libertad y verdad! Y, sobre todo, la libertad de la verdad, que es justicia»



> Prosigue el pensador, «no son personas honradas, cuando no son idiotas. Su aliento apesta a mala baba biliosa y corrompida y a la rumia del pasto amargo de su servidumbre rebotregua», asegura Unamuno, ejemplo de sus ataques violentos y frecuentes en otras decenas de cartas contra el «trío infernal»: Alfonso XIII, «Miguelito» Primo de Rivera –«el ganso real»– y el general Martínez Anido, «el cerdo epiléptico». Furibundos ataques políticos que se ven acompañados por las preocupaciones íntimas a partir de su traslado a Hendaya. Desde allí parten cartas como la que aquel febrero de 1927, el desterrado envía a su mujer.

«Ayer, en efecto, el 21 fatal de febrero que contábamos cuando niños, hicieron los tres años que esa infecta ralea pretoriana policiaca y troglodítica me arrancó de ahí, de mi hogar, de vosotros todos», comienza Unamuno una carta en la que entremezcla la narración de hechos de su vida y valoraciones de acontecimientos políticos con la más familiar preocupación de padre:

«Dile a Salomé que le escribiré con calma. También a Ramón; y que reflexione que cuando estoy aquí como estoy y hace falta que todos se apliquen a poder valerse cuanto antes y cuando sus otros hermanos se esfuerzan por hacerse hombres y el bonísimo Pablo está principalmente sosteniendo a to-



dos, se va él a andar en deportes o acaso en algo peor. Que si no le tira el estudio que se decide por otra cosa, pero que debe pensar que la vida es una cosa seria y más ahora y en nuestra familia. Ya se lo

diré yo con más despacio».

Líneas preocupadas por el futuro de la familia, por su situación económica durante el destierro que salen por primera vez a la luz alterna-



El escritor, junto a una barca. A la izquierda, carta enviada desde Hendaya a su mujer.

das con cartas en las que Unamuno, con un tono que pretende ser más contenido «por no soportar a unos militares tontos», va volcando su rebeldía y desesperanza.

Silencio editorial

Cartas como la enviada el 12 de marzo de 1928 para ser leída en el banquete en honor de José Balseiro, celebrado en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, en presencia de intelectuales como Gómez de la Serna, Gregorio Marañón, Wenceslao Fernández Flores o Jiménez de Asúa. Una carta en la que anuncia la creación de un 'Romancero espiritual del destierro', pero del que pide a sus amigos no dar ninguna noticia,

ya que, «mientras dure la tiranía», su obra debe ser clandestina en España. «No publiquéis nada de ello en esa triste nación sometida a la más bochornosa censura de una tiranía cobarde e hipócrita», solicita.

Una carta, llena de rabia, de dolor y de entereza moral de un hombre que pese a todo no se resigna a la censura. «Me queda todo el resto del ancho mundo para borrar con mi nombre la deshonra en que los tiranuelos están envolviéndola». En definitiva, cartas del destierro que son auténticos documentos históricos que permiten dejar constancia de una época central de la vida de uno de los intelectuales más decisivos e influyentes del siglo XX.